

Álvaro Pombo: el héroe de las mansardas iridiadas

Ángel García Galiano

Escritor. Profesor de Teoría Literaria en la Universidad Complutense de Madrid

No es una novedad comenzar esta presentación de Álvaro Pombo subrayando su carácter de escritor atípico y original. Atípico e interesante, original y profundo, en los temas que elige y en el tratamiento de los mismos. Autor de una docena de obras narrativas y varios libros de poesía, es uno de los escritores españoles, sin duda, más interesantes y singulares de los aparecidos en estos últimos veinte años: dueño —y creador— de un mundo propio, arquitectónicamente elaborado por medio de una prosa envolvente, precisa y sensual a un tiempo, barroca y juguetona y, a la vez, cuando quiere, concisa y hasta conceptual.

La obra narrativa de Pombo, incluida la última, de corte histórico, de la que nos ocuparemos luego, se caracteriza por la invención de un complejo entramado psicológico, una indagación en el enrevesado mundo subterráneo de las relaciones personales, familiares, sociales, de inusitada riqueza y sutileza, aunque los hechos exteriores, en apariencia, aquello que se nos narra, pueda manifestar lo contrario: en sus novelas asistimos casi siempre a la representación extravagante, «bizarra», de una suerte de inmovilismo atávico en sociedades y familias donde «desde fuera», jamás sucede nada, familias acartonadas en comodidades burguesas, simbolizados por una casa aislada del norte de España.

Un libro de cuentos, *Relatos sobre la falta de sustancia* (Anagrama,¹ 1977), saludado por Aranguren, significa el inicio de su trayectoria como narrador. En él aparecen auténticas joyas de la li-

teratura breve como *Luzmila* o *Regreso*. Relatos que el lector deberá completar con una nueva entrega de 1997, *Cuentos reciclados*, entre los que me permito recomendar uno que lleva por título *Las lenguas mentiras*.

Álvaro Pombo inició una deslumbrante carrera como novelista con *El parecido* (1979), título inolvidable, de gran madurez —para aquel entonces su autor tenía ya cuarenta años: la edad en que se empieza a ser un buen novelista, según los cánones, y salvando todas las excepciones. En esta su primera novela aparecen ya buena parte de los grandes temas de la narrativa pombiana: la sexualidad oscura y reprimida, sobre todo desde el punto de vista del homosexual maduro, atraído por un adolescente, la farsa de la representación social, la literatura, la «gente bien» y su sociedad clausurada y opaca de ciertas regiones norteañas.

Esta imbricada red de relaciones personales, por lo general, se limita al contexto de la familia, a los problemas cotidianos que se establecen entre sus miembros, de ahí una cierta «apariencia» de elementalidad costumbrista en todo lo que se nos narra; sus lectores, no obstante, saben que la «verdadera historia» circula por debajo de las argamasas férreas de la representación social o las defensas de orden psicológico que, en forma de represión, intentan detener el oculto curso de los acontecimientos: sus personajes, dueños de un torturado, conflictivo y, a la vez, sugerente mundo interior, son arrastrados a la postre a destinos inciertos y angustiosos, domesticados en la apa-

riencia por la trivialidad de las anécdotas que viven en la realidad de afuera.

El reconocimiento de los lectores llegaría en 1983 cuando obtiene el Premio Herralde con la novela *El héroe de las mansardas de Mansard*; en ella nos encontramos con el inolvidable Kus-Kus, un niño diabólicamente inteligente, hiperprotegido en su ámbito burgués, en la irreal mansión donde juega (o vive) y a punto de dar el salto a la pubertad, es decir, a la implacable realidad de lo irremediable. En su imaginación, aún en el umbral entre lo lúdico y lo real, utiliza a Julián, el criado atormentado por la culpa, para sus divertimentos, como si con un adulto de pasado tan oscuro se pudiera, también, jugar al escondite a expensas de su locatis tía Julia. Se nos dice en esta novela de prosa deslumbrante y barroca que en el juego, la lealtad o la traición son intercambiables; pero antes de llegar al trágico y, acaso, previsible desenlace, Pombo sacará nuevas estatuas, montará un rompecabezas de escenas y personajes secundarios, creará un turbio espesor en la casa, que propicie la intriga doméstica y conduzca, mansamente, hacia el despeñadero final. Como siempre, o casi, en las primeras obras de Pombo, los temas fundacionales, la homosexualidad, la humillación, el aislamiento desde la culpa o el miedo, se quedan flotando, no acaban nunca de caer, de ser tratados directamente, quedan suspendidos, apuntados una y otra vez en merodeos mareantes: podríamos hablar de ambigüedad, que es ciertamente virtud literaria, pero algún lector puede acaso pensar entonces en una cierta imprecisión.

Desde ese punto de vista es, quizá, más redonda la novela que, ese mismo año, quedó finalista en el mismo premio, *El hijo adoptivo* (1984), la historia de dos escritores casi desconocidos, aislados —¡cómo no!— en una decrepita casa de campo en el norte peninsular: en medio de esa aparente y segura *aurea mediocritas* irrumpe el pasado, oscuro, viscoso, que arrastra a la novela hacia un final tragicómico, irónico y absurdo para quien lo contempla desde este lado del tapiz, tan superficialmente perfecto, porque al otro lado, la maraña de hilos que lo tejen y destejen revelan la verdadera cara del desastre.

En 1986, publica Pombo *Los delitos insignificantes*, una novela explícitamente sobre la homosexualidad, que relata la historia entre Ortega, un escritor frustrado de mediana edad y

Quirós, un jovencito guapo y desenfadado, cuya madre, una viuda a punto de contraer segundas nupcias, dota a la narración, al principio feliz y eufórica, luego trágica y sombría, de un contrapunto sumamente rico en matices. Aparece de nuevo, acerbamente, la crítica a la sociedad de nuestros tiempos, desprovista de argumento, de esqueleto, tanto por exceso, como por defecto: desestructurada y sin raíces para la mayoría, sólo raíces y cánones para unos pocos, que se resisten —el miedo, la costumbre, esas dos tentaciones satánicas— al mínimo movimiento en sus vidas «por lo que pueda pasar». En ambos casos, vidas «sin sustancia», de máscara hueca, abocadas al fracaso. Más que una novela sobre la homosexualidad, *Los delitos insignificantes* es una novela sobre la cobardía de la conciencia contemporánea, que prefiere ignorar los valores y vivir, patéticamente, el chispeante día a día sin proyecto ni instalación, que diría Ortega, no el protagonista, sino el filósofo.

En 1990 aparece *El metro de platino iridiado*, una de las mejores novelas de esta segunda mitad de siglo, una obra maestra redonda y deslumbrante en la que Pombo, junto a todos los temas anteriores, introduce un nuevo elemento de reflexión: la santidad. No la religión, ni el ascetismo, sino la santidad *strictu sensu*, la posibilidad o no de vivirla en medio del tráfago enloquecido de estas últimas décadas y, ¡por supuesto! fuera de los cenáculos conventuales (en sentido amplio) desde los que, en teoría, al menos, se administra. Una santidad laica, en fin. De hecho, el título original de la novela, luego modificado para evitar ese matiz religioso que dañaría el sentido final de la obra, era *Vida de Santa María Iridiada*. María, la protagonista inolvidable de esta densa y profunda novela es «el valor oro, el metro de platino iridiado que media todos los otros metros, irregularidades de todas las demás identidades». A su alrededor se teje una red de interesantes y complejos personajes, su marido Martín, un escritor al borde de la neurosis, que se la pega con su mejor amiga, la ínclita Virginia. Su hermano Gonzalo, homosexual, enamorado sufriente y secreto del maravilloso Pelé, hijo de María, su único hijo. Amada de todos, María será también traicionada por todos, y en medio de tragedias pequeñoburguesas y de crueles angustias existenciales, María habrá de salir adelante anulando su ego y pensando siempre en los demás, dicho esto, por supuesto, sin el menor

atisbo de beatería superficialota y bienintencionada. Al contrario, *El metro de platino iridiado* es una novela intelectual, pero a la vez es esponjosa y dulce, y es una indagación en los resortes más íntimos del alma, de las almas, como pocas veces se ha escrito.

Tras una obra de este calado, era previsible que Álvaro Pombo descansara una temporada, y así lo hizo con dos «divertimentos», *Aparición del eterno femenino contada por S. M. el Rey* (1993) y *Telepena de Celia Cecilia Villalobo* (1995). Ya en el título se advierten los pormenores lúdicos de estos dos relatos. Digamos, sin embargo, que siguen siendo de Pombo y por tanto de un nivel extraordinario. Sería injusto juzgar estos dos libros desde la anterior.

Mejor novela me parece la primera de ambas, su protagonista, el Ceporro, un niño al borde de la adolescencia, vive «extrañado», se percata de todo, se asombra con todo: es el rey, sin duda. Un rey que domina lo que vive y lo que cuenta, pues que sólo quienes ven así la realidad, desde la distancia lingüística que proporciona y da pábulo a su marginalidad, asisten absortos, del entusiasmo a la angustia sin solución de continuidad, al espectáculo de la vida. Toda la novela es un hermoso cuento, una narración difícilmente sencilla, plena de recursos, juegos, giros que convierten el texto en un chispeante rosario de hallazgos. Desde esa oralidad genial y ciertamente brillante que se va a convertir en estilema discursivo del autor desde entonces, el hilo conductor del relato es la propia voz de quien lo narra, el cual, que para eso es el rey, lo domina y controla desde la certeza y poderío de haber vivido lo que narra y ahora relatarlo como desde fuera; por eso se atreve a decirnos que queda más de medio relato por delante, que esta anécdota se entenderá después por qué la cuenta, que ahora vuelve a coger el hilo o a soltarlo, o que usará a partir de este momento la palabra «fugaz» porque la aprendió de la abuela: maravilloso personaje secundario, que nos recuerda a esas señoras vagorosas, dominadoras, altivas, sensuales de otras novelas anteriores de Pombo.

Telepena de Celia Cecilia Villalobo, título sin duda desafortunado, es una indagación en la soledad de una oscura secretaria que se ve deslumbrada ante su encuentro con el mundo de la televisión. Cecilia relatará su vida sin acabar de comprender el verdadero significado de su pro-

pia historia. Lo mejor, de nuevo, el estilo chispeante, de oídas, y esa profunda capacidad del santanderino para hurgar en los abismos y ese cariño con que retrata siempre a sus personajes, sobre todo a los solitarios y perdedores.

En 1996, casi a la vez, aparecen dos nuevas obras mayores de Álvaro Pombo, una aparentemente menor, de encargo, *Vida de San Francisco de Asís*, que en la pluma de nuestro autor se convierte en un prodigioso relato sobre la vida del santo. La otra, *Donde las mujeres*, que le valió mercedamente el Premio Nacional de Literatura, se sitúa entre lo mejor del santanderino. Escrita en primera persona, en un tono sabiamente misceláneo que presenta, sin solución de continuidad, una burbujeante y eficaz oralidad, junto a una serie de cultas digresiones reflexivas, la narradora, se supone que desde la madurez y el distanciamiento, evoca los años fundacionales de su vida, los que transcurrieron entre los quince y los veinticinco, allá en la década de los cincuenta, habitante cuasi insular de un gineceo cantábrico y señorial rodeada por los cuidados y las histerias de su familia, la madre, las hermanas de la madre, sus dos hermanos. Marcados por la ausencia del padre, por su presencia intermitente, por mejor decir, la narradora relata con parsimonia y progresiva sorpresa (en los mismos términos en que se desvela un secreto, desde que se ignora, se atisba, se corrobora) las vicisitudes peculiares que rodean su entorno familiar: la tía loca que hubo de ser extrañada del clan, hecho con el que comienza el relato y que servirá después, al cabo de la novela, para advertir que, de algún modo, el universo está organizado por pautas cíclicas, por rimas internas que, acaso, corroboran la bella inutilidad de todo esfuerzo. De un modo sabio y sensible, Pombo ha retratado el miedo a vivir, la frágil inconsistencia en la que deciden atrincherarse quienes, por temor a fluir con la existencia, se construyen una ínsula de perfección y delirio expuesta, en su fragilidad, a todas las intemperies.

La propia estructura de la novela quiere constatar ese aparente no suceder nada: el paso del tiempo ha sido tratado con absoluta maestría; por las páginas del relato se suceden las estaciones, los años, la narradora crece, abandona la pubertad, comienza una carrera, y todo ello ocurre casi imperceptiblemente mediante una modulación muy cercana al «fundido» cinematográfico.

En su *Vida de San Francisco de Asís* (Planeta), nos sorprende Álvaro Pombo con una sensible y deliciosa biografía del *poverello*. Escrita con inteligente delicadeza y un primor estilístico que sitúa este libro entre los mejores suyos, el relato da cuenta, en retrospectiva, de los hechos fundamentales de la vida del santo, narrados (y glorificados) por quienes estuvieron con él en la primera hora: juventud fogosa y guerrera, primeros barruntos vocacionales, la fraternidad en los comienzos, las relaciones con Clara, la catequesis, la revolucionaria asunción de la pobreza, el riesgo de vivir en la absoluta libertad desapegada, las tiranteces e incomprendimientos con Roma, la expansión inverosímil de la orden, etc. Mediante esta técnica de la primera persona del plural (en la que se incluye, a veces, el propio autor que, de repente, arrastra la reflexión hasta nuestro siglo) asistimos, con la misma perplejidad de los que convivieron con Francisco, a las actuaciones de un «loco» que quiso llevar a las últimas consecuencias el Evangelio: la constatación de que la única regla es que no hay ninguna, y la corroboración de que esa práctica de la absoluta libertad que da el amor y el desasimiento es no sólo muy difícil de llevar a cabo, sino que será puesta en entredicho precisamente por los que se arrogan la potestad de guardianes de la ortodoxia.

Estilísticamente, ha utilizado Pombo, con sumo acierto, el políptoton (variaciones gramaticales de una misma raíz léxica), que otorga al estilo una como frescura *naïf* que se entrefiere muy bien con la elegancia de la narración y la perspicacia de las reflexiones. Un texto que está en la base, temática y estilísticamente, de su última novela, *La cuadratura del círculo* (1999), de nuevo una gran novela, de friso histórico también, que recrea desde los privilegiados ojos de Acardo, el joven caballero protagonista, las vicisitudes y convulsiones de un siglo, el XII, extraordinario desde donde él lo vivió: el castillo paterno y la corte de Aquitania, primero, la compañía y el magisterio de san Bernardo de Claraval, después y, por fin, la Jerusalén de los caballeros del Templo y la segunda cruzada. Pombo construye una prodigiosa novela histórica sin jamás traicionar los verdaderos postulados del género, esto es, todo lo que el lector conoce coincide *exactamente* con las progresivas experiencias (y decepciones trágicas) de Acardo. Al elegir su punto de vista, el autor se ahorra el

enojoso pastiche (tan de moda) de describir las cosas evidentes (para un personaje de la época). De esa guisa, nos somorgujamos en los ambientes, olores, espacios, mentalidades del siglo y asistimos, perplejos, fascinados, despavoridos, a la vida de este mozalbeta que crece a golpe de enajenaciones, que se aferra a la palabra luminosa de Bernardo y que asiste al delirio fanático de la Cruzada en el sitio de Damasco y que regresa, al cabo, a pedirle cuentas al ya viejo Bernardo sobre el absurdo y el sinsentido de su(s) vida(s). Una novela, profunda, extraordinaria, llena de talento léxico, filosófico, psicológico, narrativo (con grumosidades estilísticas muy caras al autor, por cierto, y con toques literalmente surrealistas más que desconcertantes) que trata, diríase, sobre lo que hacen los humanos con sus «proyectos de trascendencia», sobre la búsqueda o el rechazo de la trascendencia. Una novela que, aun envuelta en las capas blancas de los cruzados, los versos eróticos del Duque de Aquitania o las homilias encendidas de San Bernardo, trata sobre nuestra convulsa y aturdida actualidad. Una novela profunda y moderna ambientada en un siglo brillante y absurdo sobre la tentación y práctica de quienes se creen en posesión de la verdad y sobre los que como Acardo, «extranjero de nacimiento», anda errático en busca de sentido y termina sólo sabiendo reconocer la ternura del animal a cuyos lomos cabalga. Novela ambigua, anticlerical, hurga brillantemente en las paradojas de la religión y en los misterios del fanatismo: espejismo eficaz y desastroso en que el ser humano pretende apuntalar sus diabólicas (o instintivas) necesidades de seguridad.

Como puede verse, los mismos temas y argumentos de siempre en un *crecendo* de originalidad y ambición de un escritor que, en vez de amoldarse en pos de un público fácil, parece exigir el riesgo y la complicidad de su creciente y admirado número de fieles. Un novelista riguroso, valiente e insólito. Necesario en nuestro adocenado panorama finisecular. Y un placer estético conjugado siempre con una habilidad de estilete para indagar y airear en las pulsiones más hondas y escondidas de este animal aterido y perplejo que somos.

Nota

1. Editorial de su obra narrativa, salvo cuando se indique lo contrario.